

SEXO
Y CRIMEN
EN
ESTADOS UNIDOS

EL SUPPLICIO DE LOS BRUJOS

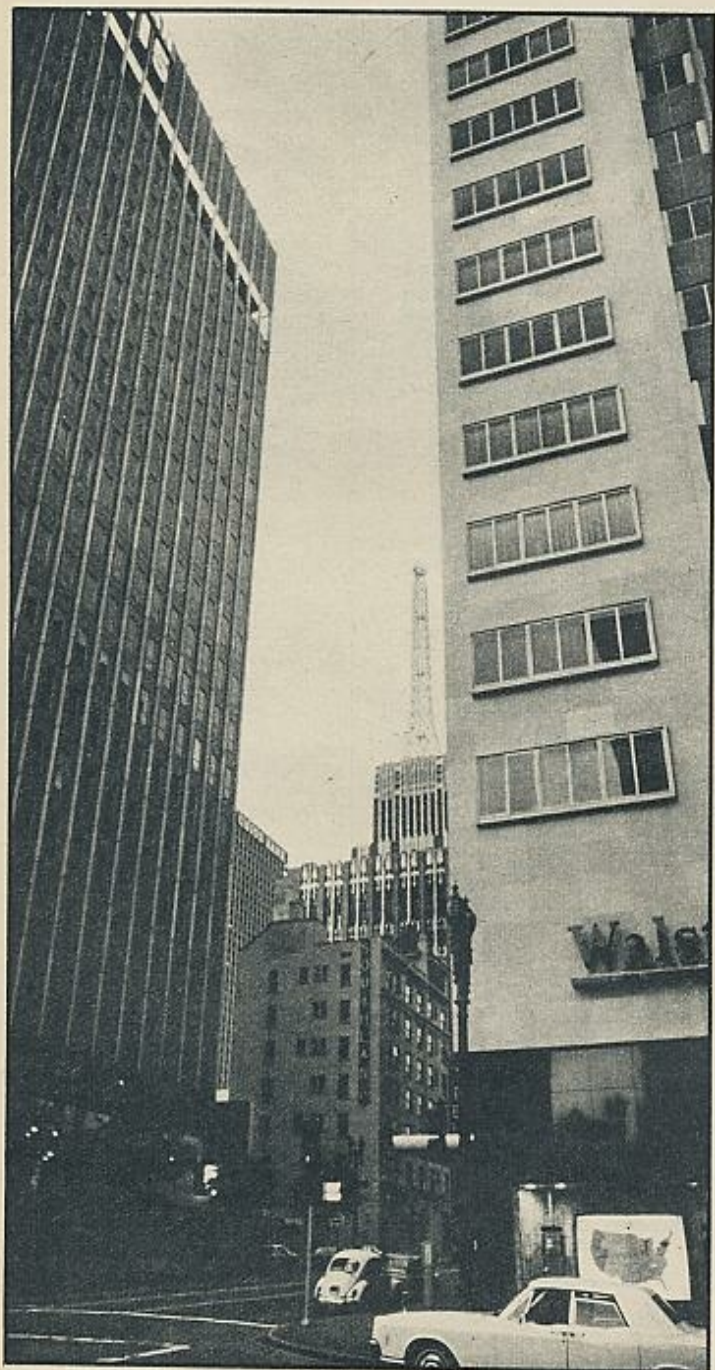


EN TORNO A LA MATANZA EN LA VILLA DE POLANSKI

Una matanza, por ser más espectacular que otras, por haber tenido lugar en Hollywood, por haber alcanzado a un director de cine y a artistas célebres, ha hecho sentir hasta qué punto lo que algunos llaman tímidamente «el malestar americano» es grave. De hecho se sabe que ese prodigioso país, cuyo poderío tecnológico es desmesurado, que es capaz de enviar hombres a la Luna y que dispone del nivel de vida más elevado del mundo, es al mismo tiempo el país donde el número de pobres —veinte millones— es enorme, donde la criminalidad es más fuerte, la seguridad menos segura, los problemas raciales más agudos, el desequilibrio de las costumbres más alarmante. Si, para bien o para mal, la sociedad americana prefigura la del futuro y si nos resignamos a ello, he aquí lo que nos espera. No se trata de sectarismo político. Cualquier cosa que podamos decir contra la sociedad americana la habrán dicho antes que nosotros los propios observadores americanos. Se trata de un problema de civilización que nos obliga a estar obsesivamente atentos a todo lo que ocurre al otro lado del Atlántico.



Leno La Bianca y su esposa Rosemary —así se llamaba la protagonista de «La semilla del diablo», el último film de Polanski— vivían en esta casa, a pocos kilómetros del escenario del crimen de que fueron víctimas Sharon Tate y sus compañeros. Eran, ellos también, personas acomodadas. Pero su muerte no parece ser obra de las mismas personas ni obedecer a las mismas razones... A la izquierda, la ciudad de Los Angeles está acostumbrada a vivir en un clima de angustia, de miedo. Es la ciudad sin peatones. Sólo se sabe de uno, pero no pertenecía a la vida real, sino que era el protagonista de un relato de ciencia-ficción de Ray Bradbury...



EL asesino de Sharon Tate será detenido. Esta semana o dentro de un mes. Pronto, en todo caso. Saldrá en la televisión con sus cómplices si los tiene. Ya se sabe quién es. Se sabe quiénes son. Son rumiantes americanos. Han preparado, mascado y remascado su crimen. Se parecen a John Wayne. Salen de una película de John Ford, de una novela de Faulkner. Quizá vengan de muy lejos, de un rincón perdido en la inmensidad americana. Son campesinos. Han rodado mucho tiempo a través de las colinas de Los Angeles. Si no se les veía es porque no es posible andar por las aceras de Los Angeles. Sólo un hombre lo ha hecho y tuvo problemas con la policía; pero la cosa no ocurrió en la vida real, sino en un libro de Ray Bradbury, el novelista de ciencia-ficción.

Los asesinos, aunque invisibles, estaban allí, bajo las palmeras, bajo las ramas bajas de los alerces, al borde de los parques que suben suavemente hacia las residencias de doscientos mil dólares, hacia las piscinas más azules que cualquier mar. Los habitantes de las colinas no abandonan sus mansiones de doscientos mil dólares más que para introducirse en sus coches de vidrios ahumados. Ya antes de la matanza de Bel

Air era Los Angeles la ciudad del miedo. Antes de Polanski.

La más fuerte criminalidad de Estados Unidos. Un día, un hombre llamó a la policía. Avisa de que va a matar a su mujer. La policía llega ante el chalet. Las cámaras de televisión, también. El hombre, en una ventana, sujeta a la mujer por el cabello y le apoya un revólver contra la sien. Se enzarzan laboriosas negociaciones entre el marido y los policías. Se interrumpen todos los programas de televisión. El drama se pasa en directo. Es un drama interminable. Durará hasta la puesta del sol. En este momento, los operadores piden al marido que se instale en una ventana mejor expuesta a la luz. Pero, durante la operación, hace un falso movimiento y apoya en el gatillo. Los programas normales pueden recomenzar. No hay gran cosa en común entre este «suceso» y la matanza de Bel Air. Hay la televisión, el exhibicionismo. No se mata a cinco personas, una de ellas la esposa de un célebre director cinematográfico, para permanecer en la sombra. Por eso la detención del asesino, o de los asesinos, es segura. Forma parte de la carnicería. Ahora hay que detallar este crimen de rumiantes.

La matanza de «Villa Polanski» ha sido seguida de otra en ▶

LAS MATANZAS MAS SANGRIENTAS

Los Estados Unidos no poseen, desde luego, la exclusiva de la violencia. La rúbrica de sucesos alimenta la crónica en todos los rincones del mundo. Pero hay que convenir en que en Estados Unidos la violencia forma parte de la vida cotidiana, que nada en un clima de puritanismo, de sexualidad, de brutalidad y de des-arreglos. He aquí algunos ejemplos espectaculares.

NOVIEMBRE DE 1959

Perry Smith, de treinta y un años, y Dick Hickock, de veintiocho, entran con un fusil, un cuchillo y mucha cuerda en la granja de la familia Clutter, en Holcomb, en Kansas, donde esperan vaciar una caja fuerte. Después de haber atado a los cuatro miembros de la familia, matan sucesivamente al padre, el hijo, la hija y la madre.

JULIO DE 1966

Richard B. Speck, de veinticinco años, marino profesional, penetra en el 2319 de la calle 100 de Chicago, un edificio que sirve de dormitorio a las enfermeras de un hospital del Chicago-Sur. Amordaza y ata a ocho muchachas de unos veinte años. Luego las ejecuta, una a una, a cuchilladas o por estrangulamiento.

AGOSTO DE 1966

Charles Joseph Whitman, de veinticinco años, estudiante de arquitectura en la Universidad de Austin, Texas, se instala, con una docena de fusiles, en la cumbre de una torre de cien metros que domina el campus de la Universidad y se pone a disparar: trece muertos y treinta y un heridos.

NOVIEMBRE DE 1966

Robert Benjamin Smith, de dieciocho años, alumno aplicado de la escuela secundaria de Mesa (Arizona), surge, llevando un paquete de bolsas de plástico, cincuenta metros de cuerda de nylon y un calibre 22, en medio de un grupo de mujeres del instituto de belleza Rose-Mar. Renunciando a su proyecto de asfixiar a las mujeres encerrándoles la cabeza en las bolsas —que resultan demasiado pequeñas—, les apunta cuidadosamente a la cabeza: seis muertos, un herido.

JULIO DE 1968

La policía penetra en un chalet a orillas del lago Michigan y descubre los cuerpos acribillados a balazos de Richard C. Robinson, de cuarenta y dos años; de su esposa Shirley, de cuarenta; de Richard, Jr., de diecinueve; de Gary, de diecisiete; de Randal, de doce, y de Susan, de siete, todos ellos hijos del matrimonio.

JULIO DE 1969

John Norman Collins, de veintitrés años, estudiante de la Universidad de Michigan, es detenido. Había llevado, en el transcurso de los últimos meses, a pasear a seis estudiantes de trece a veintitrés años. Sus cuerpos mutilados fueron encontrados en distintos puntos de la región.

MUERTOS NO NATURALES EN ESTADOS UNIDOS EN 1965

Accidentes de automóvil	50.000
Otros accidentes (avión, etc.)	25.000
Suicidios	25.000
Homicidios	10.000
Caidas	20.000
Asfixias	8.000
Incendios	8.000
	<hr/>
	146.000

En el transcurso de la semana del 17 al 24 de julio de 1968 se contaron 196 personas muertas de bala. Cada año se venden tres millones de armas de fuego.

Número de raptos y violaciones en 1965: 22.500. Desde 1933, el número de agresiones y de violencias se ha triplicado.

En Estados Unidos hay 53.000 adeptos a la heroína y la morfina; 25.000 de ellos, en Nueva York.

una casa aislada del barrio de Silverlake. Una pareja ha sido apuñalada: Lenó La Bianca, un rico comerciante de cuarenta y cuatro años, y su esposa Rosemary, de treinta y ocho. Hay una gran similitud entre este crimen y el asesinato de Sharon Tate y sus compañeros. Pero hay que tener en cuenta, en primer lugar, el nombre de la mujer, Rosemary, que es el mismo que llevaba Mia Farrow en la película de Polanski, «La semilla del diablo», titulada en su versión original «Rosemary's baby». Los dos crímenes no han sido cometidos por los mismos autores. Ha habido contagio, emulación. Pero tanto en Silverlake como en Bel Air se apuntaba a Polanski.

Existe un vínculo entre las obsesiones del cineasta y el horror de estas matanzas. Pero en Polanski no hay que ver sólo al cineasta. Está el hombre célebre, rico y mimado, el hombre que gusta, en las entrevistas televisadas, de desconcertar, de lanzar insolencias, de multiplicar las paradojas. Frente al cineasta de la angustia, frente a «Repulsión» y «La semilla del diablo», frente al hombre célebre, rico e insolente, frente al extranjero, al judío, al polaco, existe una muchedumbre de enemigos: los asesinos de personajes célebres, los raptos del hijo de Lindbergh, los matadores de Kennedy. Los fanáticos, anormales o desequilibrados, de lo normal y del equilibrio. Los mantenedores de la América puritana y pura. Los que no admiten las insolencias y las toman como cosa propia. Los que tienen celos de las gentes mimadas. Hasta ahora, en Estados Unidos, el pobre no odiaba al rico. Quería convertirse a su vez en rico. Esta esperanza de promoción era la base de la democracia nacional y del patriotismo americano. Pero, ahora, los pobres se han hecho demasiado numerosos. Son veinte millones, más del diez por ciento de la población. Y son verdaderamente pobres, es decir, están mal alimentados. Y por mucho que hagan, nunca llegarán a convertirse en Rockefeller. Lo saben. Ahora, en América, se es pobre como se es pobre en Europa. Y, como en Europa, se odia a los ricos.

¿Qué tienen que ver Roman Polanski y Sharon Tate con todo esto? Son de una clase espe-

cial, irritante, «antiamericanos». Lo mismo que muchos de sus vecinos, los multimillonarios de Los Angeles, Polanski no gana su dinero trabajando, sino a través de la creación artística, que no parece tal, y que se rodea de excentricidades, de fantasía, que se beneficia de la publicidad y de la gloria, que tiene todas las apariencias de la facilidad. Es el dinero del pecado.

El crimen en serie, el crimen en masa, esta nueva ola que invade los Estados Unidos va contra Polanski, contra los habitantes de las colinas de Los Angeles, que ahora se agazapan tras sus árboles y sus macizos, armados de carabinas. Hay una progresión en esta nueva ola de crímenes: el asesinato en serie de gente célebre.

Si se intenta fundir a toda esta gente que rumia, masca, en un solo rostro, se ve alzarse a un justiciero de ideas fijas. Colóquese a este justiciero en una ciudad inhumana, en una ciudad que tiene miedo. Ya se tiene a un asesino. No hay que olvidar ese enorme miedo de Los Angeles. Es endémico. En Los Angeles siempre se tiene miedo de hacerse matar, de desaparecer, de pudrirse en una cuneta de una de esas carreteras por las que la gente pasa sin mirar a derecha ni izquierda desde su «limousine» con aire acondicionado. Luego está ese miedo más confuso que pudre suavemente las almas, el del terremoto, el del amortajamiento.

Una cadena de televisión organiza un «cara a cara»: profesores comunistas contra telespectadores. Una mujer dice: «Acabo de ver en la calle a unos niños de diez años que pegaban a un viejo. ¿Eso es lo que les enseñan ustedes a sus alumnos?». Una publicidad cinematográfica muestra a un crío en «tee-shirt» soltando ráfagas de ametralladora en dirección a la sala: «Cómprele la metrallera de los marines del Vietnam. Así podrá ser un «kid» entre sus amigos». Los Angeles bate todos los records. No sólo es la ciudad donde se cometen más crímenes, es la ciudad donde hay más coches, más perversidades sexuales, más drogados, más chalados, más suicidas. Sobrepasa al Japón en cuanto a polución del aire. Al mismo tiempo, marca el tono de la mo-

EL SUPPLICIO DE LOS BRUJOS

da americana. Ha sido la cuna de la música psicodélica. Todo lo nuevo viene de ella. Es fantásticamente fecunda en lo bueno y en lo malo. La mejor y la peor de las ciudades.

Está dividida en barrios enemigos. A diez kilómetros de Bel Air empieza Orange Country. En Bel Air se es millonario, liberal, excéntrico, loco. En Orange Country se es modesto, patriota, puritano. En Orange Country se almacenan armas, se detesta a los extranjeros, se está continuamente informando a las milicias contra cualquiera, contra cualquier cosa. Hay una lucha de clases, pero una lucha de clases entre temperamentales que puede acabar en carnicería.

La villa de Polanski iba a sumirse en el sueño de una noche tranquila. Sharon Tate está encinta de ocho meses. Su marido, Roman Polanski, está en Europa. La joven actriz viste un camisón «Baby-Doll», corto. Su amiga, Abigail S. Folger, la hija del rey del café, lleva también un camisón, pero largo. Las sombras han invadido el parque, la Luna ríela, a lo lejos, sobre las aguas del Pacífico. Hay una paz espléndida, feliz, una paz de ricos, Jay Sebring, el ex marido de Sharon Tate, que es propietario de una cadena de salones de peluquería en la Costa Oeste, y Voyteck Frykowski, un escritor-cineasta, amigo de Roman Polanski, están vestidos al estilo «hippy». «Baby-Doll», camisas floreadas, un gran parque, el Pacífico... Un desconocido, un muchacho de veinte años, Steve Parent, hijo de un obrero de la construcción. Es el caminante en casa de los multimillonarios psicodélicos, que no levantan muros alrededor de su reino, que no conocen otra cosa que la felicidad. Un poco al margen duerme el guardián-portero. No es el tradicional cancerbero. Es un «hippy» de diecinueve años, William Garretson, con largos cabellos rizados y rostro de niño. No había sido contratado para montar la guardia, sino a causa de su juventud, de su simpatía. Porque salía de un centro de educación vigilada por haber robado tres pomelos, porque estaba perdido. Cuando vengan los exterminadores, ni siquiera se despertará.

Los exterminadores no esta-



POLANSKI

ban lejos. Lo habían preparado todo. Habían cortado las líneas telefónicas. Esperaban que todo el mundo se fuera a dormir. Irrumpirían un poco demasiado pronto. No sorprenderían a sus víctimas durante el sueño, como habían previsto. Se verían obligados a perseguirlas por el césped, por los paseos.

Quizá ni siquiera supieran que Polanski estaba en Londres, quizá esperaran matarle al mismo tiempo que a su mujer y a sus amigos, iban a poner fin a un escándalo, al orgullo y al triunfo de aquel pequeño polaco de nariz puntiaguda que es el director mejor pagado del mundo y que se jacta de ello, casado con una muchacha americana, con una de las más bellas muchachas de América. Iban a poner fin a la tranquilidad familiar de ese monstruo, de ese brujo que mata a los niños en sus películas, que juega con los nervios de las mujeres americanas, que hace desmayarse a las buenas americanas en los cines. Y esos cerdos, esos «fucked hippies» duermen, tranquilos, ricos, sobre el dinero y el pecado, y esperan un niño. Pues van a ver. Los rumiantes han acabado

de rumiar, van a pasar a la acción.

«Hay sangre y cadáveres por todas partes», grita Mrs. Winifred Chapman, la asistente de la pareja Polanski, cuando, a la mañana siguiente, descubre el espectáculo, digno de un matadero. Ante la entrada, sobre el césped, dos cuerpos que parecen haber sido abatidos en plena carrera. La joven Abigail Folger y Voyteck Frykowski, muerto con revólver y puñal. Un poco más lejos, en un coche, Steve Parent, el desconocido, ha sido alcanzado y abatido cuando iba a huir. En la pieza principal, Sharon Tate está colgada de la viga maestra con una cuerda de nylon blanco. No es un asesinato, es un suplicio. Está atada por la misma cuerda a su ex amante, Jay Sebring, que tiene la cabeza recubierta por un capuchón negro, como los condenados a muerte. Sharon Tate ha sido sometida a suplicio porque era una bruja que vivía de su brujería, porque, esposa y encinta de su marido, vivía bajo el mismo techo que su ex amante. Todos los detalles de la puesta en escena subrayan las intenciones moralizantes de los ase-

sinos. Se trata de una expedición de castigo.

«Pigs». Esta palabra está escrita con sangre en la puerta de entrada. Es el insulto que los «Black Panthers» reservan a los blancos. Pero se trata también del nombre que los puritanos dan a quienes no viven según los Evangelios, a quienes transgreden las leyes divinas y humanas. Son los puercos de la Escritura, los hombres con cabeza de cerdo que fornican como animales.

No hubo violencia sexual. No abrieron el vientre de Sharon Tate para arrancar al niño de las entrañas de su madre. Simplemente mataron, y se tomaron el tiempo necesario para demostrar por qué mataban. Quisieron, simplemente, reproducir el que creían universo de Polanski, trágicamente identificado a su obra. Quien vive del horror perecerá por el horror. No han innovado nada. No se han refocilado con los cadáveres. Son asesinos sin imaginación, de acrisolada moralidad.

Su crimen ha despertado a otros justicieros, a los que, en Silverlake, han matado a esa mujer que se llamaba Rosemary y a su marido, Leno La Blanca. También allí han escrito «Muerte a los cerdos» en letras de sangre, sobre el frigorífico, y han envuelto la cabeza del hombre en una fupda de almohada a guisa de capuchón. Pero sus intenciones quizá fueran menos puras, menos patrióticas, menos «evangélicas» que las de los asesinos de Bel Air. En primer lugar, no han dejado bandera americana en el escenario de la matanza, lo que no deja de ser una laguna cuando se mata en nombre de los Estados Unidos. Luego se han dejado llevar de algunos caprichos. Han plantado un tenedor de barbacoa en el vientre del marido y han arrancado el pijama de la mujer. Han olvidado, por fin, matar a los tres hijos que dormían en la casa.

En Los Angeles la vida vuelve a empezar. Tres días después de la matanza de Bel Air es un profesor de golf, William Lennon, padre de cuatro cantantes, las Lennon Sisters, quien es abatido a tiros de carabina. El miedo cotidiano, familiar, se instala de nuevo. Casi tranquilizador después del horror. ■ FRANÇOIS CAVAGLIOLI.